XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Solemnidad. Jesucristo, Rey del Universo

ENCUENTRO OLÍMPICO UNIVERSAL Y ÚLTIMO

Padre Pedrojosé Ynaraja

San Lucas 19, 11-28: Al despertar, Señor, me saciaré de tu semblante

Si es difícil y cuesta entender que el espacio sea curvo, que exista la antimateria, los agujeros negros o la simple duplicidad de consideraciones que se pueden aplicar a un vulgar fotón, mucho más difícil será imaginar lo que podrá ser el que llamamos Juicio Universal. De las cosas de Dios solo podemos hablar analógicamente. Y no me preguntéis, mis queridos jóvenes lectores, que significa exactamente esta palabra. Ojo a las suspicacias. El mismo Jesús, Hijo unigénito y Dios, era consciente de la imposibilidad de explicar y de explicarse, y por ello acudió a comparaciones. En el caso del texto del evangelio de la misa de hoy, la imagen que presenta, en su tiempo y en aquella tierra, era muy expresiva y continúa siendo bella. Voy a detenerme un momento en esto último.

Cuando viajando por Tierra Santa se aleja uno de las ciudades y se desplaza por lugares que no están cultivados, acostumbra uno a encontrarse con enormes rebaños que pastan acompañados y protegidos por los pastores. Esta función la acostumbran a cumplir gente beduina, especialmente si se ha adentrado uno en el desierto. La estampa es extraordinariamente bella. La primera pregunta que uno se hace es de dónde sacan alimento los rebaños. Otra sorpresa es que, generalmente, los corderos y ovejas son de color claro y las cabras oscuras y que no se mezclan entre sí. Hay que advertir que por donde pasan cabras no queda ni rastro vegetal, son capaces estos bichos de acabar con los tallos más duros de cualquier arbusto, se comen los que han dejado a su paso los corderos, de más delicado paladar.

No puede uno de dejar de imaginar que el pastor, cachaba en mano y mirada siempre fija en el lejano horizonte es una figura simbólica del Señor y admira entonces la destreza al escoger las imágenes expresivas para sus parábolas. Pero vosotros, mis queridos jóvenes lectores, si no habitáis en parajes como los que os hablaba y los rebaños que hayáis podido ver los recogen siempre al atardecer en corrales donde reciben sobrealimentación, mientras los pastores descansan o se entretienen escuchando tal vez el partido de campeonato de su equipo preferido, os costará un poco imaginaros la escena. Sea como fuere la enseñanza parece clara y no me voy a entretener en explicar más detalles.

Parece que nuestros medios tienden a definir las enseñanzas y exigencias de la Iglesia Católica, exclusivamente en terrenos de sexualidad, divorcio y aborto y tal vez añadan estadísticas de asistencia a la misa dominical. Y no seré yo quien

niegue el valor que estas materias tienen. Lo que quisiera que entendierais es que la radicalidad evangélica, el meollo y exigencias elementales de nuestra Fe cristiana, no empiezan por esas veredas. La parábola de la misa del presente domingo y la de la semana pasada, son las más exigentes de la doctrina cristiana.

Como ya comenté la otra en mi anterior mensaje, volviéndoos a recordar ahora que nunca la olvidéis, me entretendré en la bucólica lámina de hoy. A este pasaje se le ha llamado muchas veces el evangelio de los ateos. Esta calificación es muy esperanzadora. Me encuentro a veces con personas de gran generosidad y espíritu de sacrificio, que se entregan a la ayuda y servicio de los demás sin buscar segundas intenciones y con total exclusión de lucro. Si llegamos a conversar con sinceridad y confianza, me gusta decirles que son cristianos practicantes no creyentes, y que admiro su virtud que a mí tan calculador como soy, me avergüenza. Me gustaría que conocieran la dimensión trascendente de su obrar para que se sintieran más felices, pero que aunque la desconozcan su esplendidez no pierde valor.

No quiero alargarme, pero sí entretenerme un momento en alguna situación determinada y no insólita. A veces tenemos noticia de una persona conocida que se ha puesto enferma. Cuando hemos pensado en irla a visitar nos puede surgir la duda ¿cómo me recibirá? ¿Me preguntará el motivo de mi presencia? Si está en coma o sufre alzhéimer ¿vale la pena que vaya a verla, si no me va a conocer, si no sé qué voy a poder decirle?

El interior de la persona humana siempre es enigmático o misterio. Nunca podemos saber hasta dónde llega su incapacidad de comprensión. Leo estos días que modernas técnicas de encefalografía, permiten descubrir que no existe total incomunicación. Que personas en tales estados son capaces de reconocer palabras amables o de consuelo. Pero es que nuestro comportamiento debe regirse iluminado por el Evangelio. Estaba enfermo y me visitaste. Y punto, dice el Maestro complacido, y dispuesto a perdonar las demás faltas.

Tal vez sepas de un prisionero al que la burocracia tiene olvidado y arrinconado en un penal y que las estrictas normas que rigen estos lugares no te permitirán entrar a visitarle. Puedes, eso sí, iniciar una campaña de reivindicación ante las autoridades responsables por medio de Internet. Un día el Señor te puede decir agradecido: me tenían encarcelado, desprestigiado y condenado a muerte y vuestros e-mails a ministros de justicia, a jefes de gobierno, a quienes dirigen los asuntos de exteriores y les importa tanto el prestigio del país, me salvaron…

Sería terrible escuchar: me moría de frío y tú dejabas las luces encendidas. En el hospital donde estaba, no llegaba suficiente energía eléctrica y no pude ser operado. Estaba hambriento y tú abandonabas la barra de pan, porque era del día anterior. Tirabas alimentos diciendo que no se perdían del todo, ya que, finalmente, se convertían en abono orgánico. Iba en silla de ruedas que dificultaba mis

traslados, que me impedía entrar en lugares donde no existía rampa de acceso. En tu ciudad se inició una campaña reclamándolos, tú te escabulliste diciendo que era obligación del ayuntamiento hacerlas. Se trataba de tu parroquia y no quisiste colaborar, pues un impedido no está obligado a ir a misa. Tenía parálisis cerebral o síndrome de Down y tú me ignorabas, porque tu sensibilidad te lo impedía…

Mis queridos jóvenes lectores, no cerréis los ojos nunca, tratad de iluminar vuestra mirada con la Fe y descubriréis al Señor, que está muy cerca, pese a que lo creáis tan lejano…

He iniciado la reflexión, vosotros con más acierto la podréis continuar. Como siempre, esta misma noche, le pediré al Señor: a mis amigos jóvenes lectores, no dejes de recordarles que Tú estás en todo lugar donde alguien sufre necesidad y dales fortaleza para atenderte en ellos. Rezad vosotros por mí, para que también sepa siempre descubrirle y atenderle.

Padre Pedrojosé Ynaraja